

A-Caj.223/2



Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1376157

AGJ. 223/2

2
182254

LA MADRE Y EL NIÑO ANTE LA HIGIENE

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE

LA MADRE Y EL NIÑO

ANTE

LA HIGIENE

CONFERENCIA INAUGURAL

DADA POR EL

DR. MANUEL DE TOLOSA LATOUR

Socio fundador de dicha Corporación,
laureado en el concurso público de 1886 con premio de primera clase,
Médico del Hospital del Niño Jesús,



MADRID.—1887

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE TEODORO

Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

Teléfono 552



A la Sra. D.^a Rosalia Tolosa Latour
de R. Garcerá

Queridísima Rosalia: Desde que tuvimos la terrible desgracia de quedar huérfanos, constituimos una fraternal familia, en la cual, como guardador de las tradiciones de nuestro hogar, hubé de ser padre más bien que jefe.

Hoy que ya estás al frente de uno, en el cual han de resplandecer más y más tus envidiables virtudes, permíteme que te envíe estas páginas emborronadas al correr de la pluma, en los días que precedieron á tu enlace.

El éxito que alcanzaron mis pobres conceptos te pertenece por completo, pues todo cuanto sigue lo escribía para ti, como para ti es todo el cariño de tu apasionado hermano

Manuel

SUMARIO

Introducción.— La Mujer y la Higiene. — El Matrimonio y la maternidad.—El gobierno del hogar y los conflictos conyugales.—*La carrera maternológica.* — Una madre modelo. — Los defectos educativos y las ilusiones femeninas.— Enfermedades morales de nuestra época.— Su remedio.—La madre á través de los tiempos. — Paganismo y Cristianismo. — Carácter del hogar contemporáneo. — Errores de la época.— Crianza de los niños.—Papel de la Higiene. — La salud y la enfermedad. — Problemas de la vida infantil. — Consejas de las comadres y preocupaciones populares. — El niño sano y el niño enfermo. — Cómo se cuida á los niños.—El alimento y la nutrición.—Higiene de los órganos. — Propagandas y enseñanzas. — La ignorancia en el hogar.— Lo que enseñan los pobres. — Visitas domiciliarias.—Previsiones de la Ciencia. — Esperanzas y propósitos de la Higiene moderna — Misión de la madre contemporánea.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es fama que antaño se celebraban las entrevistas entre los altos poderes de la tierra con fastuoso ceremonial. Abriáanse las férreas puertas del feudal recinto, engalanado con vistosas oriflamas, caían pesadamente los puentes levadizos, adornaban las amplias estancias ricos tapices, y, por último, la corte toda, ostentando sus más vistosas galas, desfilaba en nutrida procesion ante los nobles huéspedes, que contemplaban el abigarradísimo pero pintoresco conjunto formado por los hidalgos y escuderos, doncellas y dueñas, trovadores y juglares, señores y príncipes, á quienes precedía siempre, por superior mandato, un heraldo, modesto pajecillo criado en el linajudo solar, que presentaba el escudo de la casa y en nombre de ella rendía pleito homenaje á los ilustres visitantes. Contrastaba singularmente la insignificancia de su persona con la alteza de su mision, y semejante detalle, que entónces de seguro no pasó jamás desapercibido, resalta ahora en este momento solemne, en el cual se inauguran á nombre

del asunto como borrosa firma de un dibujante novel, teme ver empequeñecido el dibujo ante vuestra hermosa y deslumbradora grandeza, como palidecen los trazos de lápiz ante las vigorosas líneas de color del modelo.

No en vano hubo de pedir auxilio á la pluma huyendo del natural temor de que pudiera cansaros una conferencia extensa, y el placer de contemplaros la habría hecho interminable, pero os aseguro muy de veras, pues le conozco bien, que aún contando, como seguramente contará, con vuestra benévola atención, al miraros frente á frente, tiembla y casi está dispuesto á enmudecer.

Diariamente oireis resonar en torno vuestro estas ó parecidas frases, que, á fuerza de repetir las, ignoran muchos de los que las pronuncian su verdadero sentido: *La carrera de la mujer es el matrimonio. La mujer ante todo debe ser madre. Huyamos de las mujeres sábias y vengán á nosotros las verdaderas mujeres de su casa.*

Tales palabras piden obstinadamente una explicación; pues debo deciros con sinceridad que no sabría hacer un bosquejo moral de la madre sin expresar ántes cómo la concibo. Desde luego convengamos en que la *carrera* que llaman del *matrimonio*, verdadero *via-crucis* para los que no tienen otra noción del casamiento que las doradas ilusiones de los antiguos románticos ó el egoísta realismo de los novísimos desengañados, es *carrera*, en lo que á la mujer respecta, mucho más larga y difícil que la más penosa de las que absorben los esfuerzos de la juventud masculina. Y añadiré acto seguido que, salvo escasas excepciones, no *se cursa* en casi

ninguno de los hogares contemporáneos. Ocurre con ella lo que con la política, y dispensadme la comparación; son contadísimos los que aspiran á ser hombres de Estado, y conocen siquiera ligeramente los detalles indispensables para la gobernacion de una casa; gobernacion que es, sin duda alguna, tan complicada y espionosa como lo es la buena direccion de un pueblo por pequeño que sea.

Veamos si no. Siguiendo el símil, observaremos que el llamado *buen gobierno* comprende como elementos esenciales la direccion de la vida interior (*Gobernacion* propiamente dicha); el orden en los ingresos y gastos (*Hacienda*); el sostenimiento y desarrollo de los elementos de riqueza así material como intelectual (*Instruccion y Fomento*), y, por fin, las relaciones con el exterior en todas sus diferentes formas, con lo cual resulta que en el hogar son indispensables una inteligencia que gobierne y rija y otra que produzca y defienda, y ambas de comun acuerdo presidan los futuros destinos de la naciente familia. Observad ahora cuáles son las verdaderas causas de los conflictos conyugales, y los hallareis en la debilidad ó ignorancia de cualquiera de los dos poderes ó de ambos quizá. De aqui resulta indefectiblemente ese desasosiego físico y moral que se refleja en nuestras modernas sociedades, contrastando con las vigorosas razas donde se practican los éternos preceptos del buen sentido, en virtud de los que el hombre reflexiona desde muy jóven en que algun día llegará á ocupar un sitio parecido al de su padre, y piensa seriamente en el porvenir, en tanto que la mujer se dispone con actividad y entusiasmo á ser digna sucesora.

ra de su madre, ya como esposa futura, ya como hermana cariñosa que cuide de los huérfanos propios ó ajenos. No la importa ni la interesa agradar con sus bellas facciones ó con sus aptitudes artísticas; tampoco desatiende los mil y un detalles de la vida doméstica para lanzarse á los deleites de la vida puramente intelectual, pero sin reñir con el espejo, ni odiar los libros, ni renunciar á la música: se adorna, lee y canta. ¿Cómo podría, si no, mostrar á sus hijas los peligros de la coquetería, poner en manos de sus hijos el pan intelectual y arrullar los pequeños al dulce són de sus canciones? Y sin tener un criterio sano y exacto de las cosas de la vida, ¿cómo aconsejar al esposo, al padre ó al hermano en esos momentos en que el hombre más firme sufre y vacila ante los contrarios problemas de la existencia? ¿De qué manera defenderá la vida de los suyos, constantemente amenazada por todo género de peligros, si no aprendió á vigilar y prevenir, si no educó esa providencial intuición que es una de las más hermosas cualidades de la mujer, y, por último, si es tan cobarde su corazón y tan menguada su inteligencia que en vez de alentar y consolar gime desesperada, abrazando en su desconsuelo la superstición por un lado y las preocupaciones por otro? ¡Bendita el alma de la mujer donde anida una fe vigorosa en todo lo grande, nutriéndose de los ejemplos de una virtud acrisolada bajo los rayos de una luminosa instrucción! De este modo la mujer, que no es *débil*, sino *debilitable*, se fortificaría en términos de que por este camino la regeneración de nuestra sociedad estaría asegurada.

Dígase ahora si se practican estas trascendentales en-

señanzas por quien corresponde, y convenzámonos de que no tiene nada de extraño este deplorable desorden que impera por todas partes. Las madres, en su mayoría, desdeñan entregar poco á poco la subdirección del hogar á sus hijas, á quienes lanzan á los escarceos musicales ó á los placeres de la vida moderna, sin meditar en la responsabilidad en que incurrirán más tarde al entregar la creación de una familia á manos tan inexpertas como las de la futura esposa de algún jóven que desde los primeros albores de la adolescencia calcinó su cerebro en los altos hornos de la enseñanza superior, y, lleno de conocimientos múltiples, desconoce los más rudimentarios detalles de la vida práctica.

Ahora bien; si por regla general va la mujer al matrimonio, que es su *carrera*, sin haberla cursado, como se dice vulgarmente, y desconoce en absoluto qué graves obligaciones contrae desde el momento en que se convierte en madre, y escasean tanto las madres verdaderas que se llaman mujeres de su casa, ¿qué extraño será que unas cuantas aspiren á instruirse y hasta salgan del hogar en busca de medios de honrada subsistencia?

La fatal manía de que la mujer sirve para pocas cosas serias, hace que se la vea sin extrañeza desgastando su sistema nervioso en una enseñanza ó trabajo artístico penoso, ó fortaleciendo sus músculos en lo alto de un trapecio, ó extinguiéndose y deformándose en el fondo de un taller, y se la niegue el derecho legítimo de instruirse en la medida de sus fuerzas intelectuales, librándose de la esclavitud del placer que enerva ó de la servidumbre del dolor que aniquila.

Permitidme que dedique desde el fondo de mi corazón un recuerdo á esas valerosas mujeres, sensibles é inteligentes, aptas para los más difíciles escarceos intelectuales, que son modelo de madres, que saben regir su hogar con vigorosa energía, mostrando á sus hijos el camino del deber, que no es otro que la honradez y el trabajo; seres que representan el ideal de la mujer de nuestro siglo, capaz de realizar con perfeccion las más humildes faenas domésticas, y apta para ganar un trozo de pan para sus hijos en las grandes crisis de la vida. ¡Esas mujeres, verdaderos ángeles de la tierra que alegran con su ingenio las fugaces tristezas y endulzan con su amor las más amargas penas, son seres cuya imagen vive siempre en nuestra alma, y cuya memoria hace brotar lágrimas hasta en los secos y moribundos ojos de un anciano!

¡Ah, en qué graves errores se mantiene á la mujer! Estimúlase en ella solamente el deseo de agradar, y esa gesticulación forzada, constante, á que se la somete, concluye por deformar sus sentimientos y produce el fingimiento, como el corsé deprime su pecho y predispone á graves trastornos viscerales. Se la deja ignorar el valor del tiempo y el dinero, resultando de esto que malgastan la vida en cosas fútiles y de ningún interés.

No es extraño oír declamar contra las personas que visitan los pobres ó los hospitales, alegando que ninguna jóven puede ver ciertas escenas sin detrimento de la moral, mientras que se escuchan al compás de los acordes de la *Traviata* las murmuraciones de uno de esos desdichados, que podríamos llamar *instantáneos*, verdaderos fósforos á la inglesa que hacen gran ruido ántes

de brillar y sólo brillan el tiempo necesario para referir una crónica escandalosa.

Quizás haya quien crea que de estas cuestiones no se ocupa la Higiene de un modo directo. Antes al contrario, ésta es indudablemente una de las preocupaciones más constantes del moderno higienista, pues ya que no le es dado intervenir como fuera menester en la educación á que hemos hecho referencia, ni tampoco hay ley alguna que le autorice á oponer un veto formal en la celebracion de muchos matrimonios, debe hacer lo posible por que la juventud, pero especialmente la mujer, mida sus fuerzas ántes de contribuir á formar una familia, se halle dispuesta á instruirse y se sienta con la dosis de abnegacion bastante para afrontar las penalidades de la existencia, sin que el egoismo presida sus actos, ejerciendo su poder con moderacion, pero gobernando con energía, y sobre todo conociendo el verdadero alcance de la mision que se le ha de confiar.

Nada más léjos de la verdad que creer en la pasividad de ciertos estados en que la mujer se coloca voluntariamente. En ninguna circunstancia de su vida puede decirse que está en la inaccion, y la prueba de ello es que hasta en el claustro se ve precisada á tener todo género de talentos y aptitudes, pues allí ejercerá forzosamente desde la direccion y gobierno interior hasta los oficios más humildes, segun las necesidades de la comunidad. Ya veis cuán errónea es la idea que el vulgo mantiene respecto de las tranquilidades del convento, donde, como en todas partes, la mujer hallará motivo de probar sus fuerzas en multitud de esferas de accion, no existiendo, por así decirlo, cosas pequeñas,

ni cosas grandes, ni estando, como generalmente se cree, sólo las primeras á cargo de la mujer. Reflexionad que una superiora ha recorrido todo un variado aprendizaje para estar en condiciones, como las restantes *madres* (y observad lo elocuente del calificativo), de regir la santa casa, cuya vida está íntimamente unida á la suya como el molusco á su concha.

Este es un ejemplo práctico que debiera enseñar que si hasta en la vida sedentaria se huye de la inacción, y las más rígidas reglas del misticismo tienen su reverso material y práctico, en el sagrado del hogar debe existir idéntica compensación, y que si por orden riguroso un fundador tan inspirado como San Vicente de Paul hace que sus hijas se acostumbren á ejercer todas cuantas cosas grandes ó pequeñas son necesarias para aliviar el mal del prójimo, educando al niño, sócorriendo al enfermo y ejerciendo la caridad en nombre y por amor de Dios, todo fundador de una familia debe obligar á sus miembros á la práctica de los quehaceres todos que completan la vida íntima, á fin de que el tiempo se emplee con tal provecho, ahorrando las fugaces horas del presente que no necesiten anticipadamente las del porvenir, única base de prosperidad positiva, toda vez que la inmensa mayoría de las gentes, ó viven á cuenta de ilusiones jamás realizadas, ó vegetan pagando los amargos réditos de un pasado mal empleado.

Establézcanse, pues, con mayor firmeza vínculos, y vínculos estrechos de mutuo amor, entre la mujer y el niño. El niño ha de ser hombre y ha de contribuir á hacer la felicidad de la mujer, como hijo, hermano ó esposo. La niña será mujer y se ha de consagrar á cui-

dar el padre, el hermano ó el marido; y ved de qué modo se forma una perpétua corriente de mutuo cariño, de confianza y respeto mutuos, de indulgencias y abnegaciones, sin las que no puede subsistir la familia y no logra afianzarse la sociedad.

El niño que no tuvo otra madre que la cárcel será probablemente el criminal del porvenir; la niña que se crió en el fango será quizá el fermento que desorganice un hogar; y ¿de qué servirá, decidme, que aquí hablemos de procesos morbosos, de microbios y de profilaxis? ¿Para qué cerrareis el paso á la enfermedad, saneando el aire que habeis de respirar ó filtrando el agua que acercais á los labios, si nos envuelve, impalpable y misteriosa, una atmósfera de corrupcion y muerte que envenena lenta pero seguramente, gérmenes sutiles producto de desorganizaciones sin cuento, contagios inevitables de orden moral y epidemias, en fin, devastadoras que producen más mortandad y mayor duelo que los azotes más terribles que han affligido la Humanidad? ¿Cuáles son? me preguntais. Os responderán á esta pregunta más adelante y en otra ocasion. Hoy vamos á ver el remedio ántes de examinar el mal en sus detalles. Todos le sentimos, si no en el fondo del alma, muy cerca de nosotros. ¡Feliz quien no lo padece! Consiste en ese frío intenso que se siente en el hogar moderno (parecido al calofrío de una perniciosa de forma larvada), frío intenso que no bastan á atenuar en las alturas sociales el templado *confort* de los salones y los refinamientos de la vida moderna, ni en las regiones de las clases más inferiores los adelantos de la industria contemporánea, ni en las bajas esferas los asilos

de la caridad al uso; frío precursor de grave dolencia, sobre el que llamo vuestra atención, vosotras que habéis sido, sois ó sereis madres, pues entiendo que sólo vosotras podeis provocar una pronta reaccion, dando vida al hogar que se extingue, haciendo que vuelvan á él las que tienen su trono abandonado, y abrazándoos al niño, que representa la humanidad del porvenir, y á quien ojalá logreis reaccionar al calor de vuestros puros y apasionados besos.

II

¡La madre y el niño! ¡Cuanta poesía encierran esas palabras y qué cuadros despiertan en nuestra imaginación! Si contemplamos el género humano, ora á través de la espesa bruma de los siglos, ora en el diáfano escenario de la edad presente, en el que la luz hace más visibíles perdurables negruras, se divisa siempre una mujer y un niño, y en derredor el hombre, escarbando la tierra, elevando habitaciones de todo género, sosteniendo luchas titánicas, emigrando, inventando ó simplemente vegetando, camino de una perfeccion más ó ménos próxima, siempre preocupado ó inquieto, más que por su suerte, por la de su raza.

La madre, en los pueblos salvajes y primitivos, no tuvo jamás el carácter respetable que hoy ostenta. Léanse las páginas de la Historia, regístrense las narraciones de viajeros, y se verá aparecer á la mujer como un sér inferior, como una *cosa*, falta de iniciativa, de responsabilidad, de cariño.

El hombre, vigoroso, atrevido, batallador, vive en lucha constante y lleva á la cabaña el alimento y defiende la prole, por egoísmo unas veces, por un instintivo amor otras, siempre dominado por la ley fatal que le obliga á ganar el sustento á costa de su propio descanso, y gozar de las delicias de la paz derramando sangre.

Unese á otros para formar tribus, crea imperfectamente vínculos sociales cuya base es la propiedad de lo que cree suyo y sobre lo cual considérase con derechos incuestionables. De esa suerte la madre ve con dolor que le arrebatan su hijo á viva fuerza, y que empieza á olvidarla al tener concepto de su personalidad y conciencia de su poder.

La hija es la que sigue á su lado, menospreciada como ella, como ella expuesta á las tiranías del señor ó á las brutalidades de los vencedores.

No siempre la esclavitud dominó entónces la mujer; hubo momentos en que ésta logró, con una energía potentísima, sacudir la opresion, reinar como señora absoluta, gracias á su poder y talento. Ejemplos tiene la Historia que lo revelan; y cuenta que no citamos aquellas desgraciadas que, trascurridos los pasajeros reinados de sus encantos, y sus locas y espantables dinastías, sumieron naciones enteras en las más tristes servidumbres.

Nos referimos á esas respetadas matronas resplandecientes de virtud, madres de genios vigorosos y nobles, así como á esos seres extraordinarios ante quienes las gentes se han inclinado asombradas.

Sér dotado de tan exquisita sensibilidad que sólo puede odiar ó amar hasta la pasion, á estos afectos de-

bió y debe sus éxitos, sus triunfos, sus desventuras. El amor la redimió; un amor puro, desinteresado, eterno, que rodeó la mujer de una aureola de luz, á cuyos fulgores resplandecieron sus mayores bellezas: las bellezas del sentimiento.

Y el arte antiguo, que sólo presentaba la mujer bajo las admirables formas de Venus, y al niño bajo las precoces liviandades de Cupido, amorcillo jugueton que parecía nacer de un beso y una rosa; el arte que da patente de humana maternidad á una loba, que rodea al adolescente de ninfas y sátiros, que representa con cierta positiva realidad en Saturno al padre devorando sus propios hijos, revela bien á las claras que carecía de nocion exacta de lo que era el amor materno, de lo que debía ser la educacion de la juventud, y hasta de los deberes inexcusables y sacratísimos de la paternidad.

Y no se citen los raros ejemplos de madres superiores, cuya intachable vida hizo bajar las impúdicas frentes de las cortesanas y llenó de rubor no pocos rostros de hombres débiles; ellas no pertenecen, por así decirlo, á su generacion; son la levadura moral, si se permite la palabra, que hubo de servir para que de aquella corrompida sociedad surgiera el gérmen que había de purificarla y engrandecerla.

No las busqueis en las bacanales, no penseis hallarlas en las termas; y, si aparecen en el circo, es para morir como mártires, confesando una fe que ha de redimir para siempre su hasta entónces esclavo y miserable sexo.

El Cristianismo cimentó la familia en bases indestructibles, al mostrar á la mujer el amor desinteresado,

puro, que es á su corazon lo que el perfume á la flor; la dió el más vigoroso defensor de su débil flaqueza; y, al colocar un niño en sus brazos, á la par que el más grande de los deleites, la más santa de las misiones.

La Humanidad, para adorar la *Madre* necesitó que un Dios la tuviera y la ensalzara. Y ese Dios, todo bondad, todo amor, todo caridad, vivía en un hogar humilde, santificado por el trabajo y criado por su Madre; reunía en torno suyo inocentes niños, perdonaba á réprobos y pecadores, enseñaba á ignorantes, protegía los desgraciados y moría á la vista de una Virgen, que conoció todos los goces y todos los dolores maternales.

Y adviértase que los sagrados textos asignan la paternidad de Jesus al mismo Dios, como si de esta suerte se significara hasta qué punto era entónces indigno un hombre de engendrar el Redentor de la Humanidad desvariada y pecadora, y como que al mismo Dios placía santificar todas las madres en su Madre propia.

Por eso ellas nos muestran piadosas el cielo, y nos enseñan el perdon de las injurias, y nos inculcan el amor al prójimo; y al darnos la vida nos infunden sus sentimientos y sus creencias en el corazon, con las que enjugamos muchas de nuestras lágrimas y se amortiguan muchos de nuestros dolores.

En nuestra madre nos vemos representados y engrandecidos, á ella acudimos siempre que el sufrimiento nos agobia, y sólo á ella evocamos en nuestras agonías, pues la vimos desde que nuestros ojos supieron mirar, y la llamamos cuando nuestros labios silabearon por vez primera, y soñamos con ella al experimentar los pri-

meros latidos de la vida mental, y, en fin, la amamos siempre, sí, con vigoroso afecto al reclinarnos sobre su pecho, con pasión inextinguible al arrodillarnos sobre su tumba!

La rápida ojeada que hemos dirigido al pasado sirvenos de provechosa enseñanza para lo presente.

La madre contemporánea no debe olvidar las infinitas lágrimas que ha costado la redención de las madres, y al mismo tiempo á cuántas redenciones puede ella contribuir. En primer término, obsérvese que donde quiera que se relajan los vínculos de la familia hay un niño abandonado, sin que le sea dado al pobrecillo repetir la frase de una hija de Alejandro Dumas, frase que motivó el desenlace de una de las obras dramáticas más celebradas de este autor, pues al preguntarla con quién viviría si se separaban sus padres, respondió con ingenuidad: «*Con aquel que se quede en casa.*» Estas palabras no puede decírlas el niño que no la tiene, y en balde se le proporcionará en un asilo ama y rancho, si le falta el amor maternal con sus apasionadas caricias; en segundo término, nótese qué dolorosas vejaciones sufren, tanto las madres, como los niños abandonados

en todas partes, y recordemos lo que hace un instante decíamos. Por último, meditemos acerca de los peligros que rodean al niño y de la esclavitud en que le sumen las preocupaciones de comadre y las ignorancias de las gentes, y se verá qué gran misión tiene que realizar la madre, no sólo para con su hijo, sino respecto de los de los demas.

Para todas estas gratas pero difíciles tareas tiene auxilios poderosos y enseñanzas provechosísimas la Higiene.

Ella empezará por desterrar el egoísmo del hogar, y digo egoísmo, porque efectivamente este grave defecto anida con frecuencia en la casa. La esposa se esfuerza muchas veces en separar á su marido de las empresas útiles de igual modo que le aparta de los asuntos de interes público, pretextando que lo importante es hacer prosperar los suyos, é ignorando que la prosperidad particular aumenta al compás de la general. La madre inculca á su hijo el desprecio al *chico de la calle*, ignorando que fomenta un odio entre dos clases. Cierra avara, no económicamente, su bolsillo á las obras benéficas que exigen constantes y pequeños óbolos, so pretexto de que el presupuesto no debe cercenarse, y alimenta en cambio la mendicidad de oficio, gastando en una cosa superflua é imprevista mucho más de la cantidad que repartida en un año contribuiría al sosten de útiles fundaciones. Es intransigente en todo lo que se relaciona con las reglas del corte de prendas ó el cultivo de plantas de salon, y sufre las imposiciones ó escucha los consejos de las que aseguran conocer el modo de criar mejor la que llama prenda de su corazon, delicada

planta que probablemente se agostará falta de los precisos cuidados.

Pero aún para otros muchos males tiene remedios la Higiene. Como se ocupa de todo lo útil é interesante, hace pensar á la mujer en las consecuencias que tienen la falta de aire y luz en las habitaciones, los venenosos efectos de las sustancias alimenticias sofisticadas, los trastornos que produce el alcohol de baja extraccion, la necesidad del descanso y el recreo, lo indispensable de la limpieza en las ciudades y del aseo en las personas, y otras mil cosas no ménos importantes que despues de conocidas hacen á la señora de su casa más indulgente para las faltas que cometen los infelices que sin carne con que restaurar sus fuerzas piden una energía ficticia á los alcoholes, la hace tambien más humana, pues no exige á sus servidores más trabajo que el debido, ni los embute en oscuros dormitorios, ni consiente que en sus casas alquilen los sótanos y guardillas á los pobres, sino que contribuye á mejorar su vida, con lo cual garantiza la de los suyos librándoles de revoluciones y de epidemias, tan terribles unas como otras.

Por lo que á la madre se refiere, empieza la Higiene por darla una pauta para regularizar su vida, ilustrándola respecto de las funciones de su organismo y dándole medios de fortalecerse á fin de que sus facultades se ejerzan con perfecta integridad y sean los hijos sanos y robustos. De esta suerte se acostumbrará á escuchar las palpitations de la vida, desechando los consejos que se propagan de madres á hijas y esperando confiada el nacimiento del niño, pues tiene á la Ciencia para auxiliarla en este acontecimiento tan fausto como trascendental.

Conocerá, si en ello puso especial atención, los detalles imprescindibles que deben tenerse presentes para el cuidado del recién nacido, observando escrupulosamente desde su respiración durante el sueño, hasta las variaciones de peso durante su crecimiento, pues ha de ser el más poderoso auxiliar del médico. En cambio no puede ser el médico de sus hijos, pues la experiencia demuestra que los mismos hombres de ciencia no quieren encargarse del tratamiento de las personas de su familia, y más daño que beneficio haría un curanderismo semi-ilustrado. En cambio es la mejor de las enfermeras posible, y en muchos casos puede hacer práctica la frase de Víctor Hugo: «El médico cura, la enfermera salva en ocasiones»; lo cual quiere decir que se deben esperar grandes éxitos de los pequeños cuidados. No sólo junto á la cuna del niño enfermo es donde importa tener á la madre; es absolutamente preciso pensar que la educación camina al par que la crianza, pues, como dice un refrán muy gráfico, *lo que va envuelto en el pañal se va con la mortaja*; es decir, que las costumbres que adquiriera el niño en los primeros años jamás se desarraigaran.

Montaigne escribía que la más difícil y la más importante de las ciencias humanas era aquella que trataba de la nutrición y educación de los niños. Ved, pues, si tenéis que estudiar y con qué razón dije antes que la carrera de la mujer competía en extensión é interés con la más complicada de las que el hombre estudia.

La crianza y educación de la niña y del niño se diferencian muchísimo, desde el punto de vista moral sobre todo, y hé aquí un capítulo tan curioso como poco estu-

diado por las madres. Éstas deben, como ya indicamos anteriormente, ver en ellas sus legítimas sucesoras, acostumbrándolas á trabajar en la casa como si no tuvieran el auxilio de su madre y á que realicen los actos de toda su vida como si estuviera presente, procurando que vean en su casa la mejor de las residencias y en sus padres los mejores amigos, y demostrándolas que la que no es buena amiga no será buena esposa y que la que no es buena hija no podrá ser nunca buena madre.

El hijo, ya lo expresó en una frase un gran conocedor de hombres, es siempre obra de su madre; á ésta corresponde, pues, señalarle los primeros escollos de la vida y formar su corazón á su imagen y semejanza.

Todo el secreto de la educación está en saber y en sentir: La madre se halla en el caso de un artista que prepara una gran obra sinfónica, cuyos elementos, así armónicos como instrumentales, debe estudiar con exquisito cuidado.

Los problemas de la lactancia y el destete, del Colegio y el Instituto, tienen que ser resueltos por la madre; los conflictos que nacen en el mundo de las mujeres, entre el primer sombrero de copa y el primer vestido largo, son siempre adivinados por la madre, y para todo ha de tener soluciones previstas y meditadas.

En las familias numerosas estas tareas, en vez de aumentar el trabajo, lo simplifican; el ejemplo y la emulación son armas poderosas, aunque de dos filos, y los padres prudentes y sensatos tienen muchos elementos para hacer felices á sus hijos con tales medios y un buen sentido.

IV

Son tan numerosas las fases que ofrece á la consideracion del higienista la resolucion de los diversos puntos que he indicado ligeramente, que los preceptos que de ellos se desprenden son innumerables y su relacion seria ya enojosa, máxime habiéndose de tratar en sucesivas conferencias de la *higiene infantil* propiamente dicha, en cuyo vasto capítulo hay tanto que espigar, de la *higiene de los aromas y perfumes* y de tantos otros particulares que amenizarán estas veladas. Sin embargo, preciso es que llame vuestra atencion respecto de los medios necesarios para orientaros y huir de los enemigos que impedirán la realizacion de vuestros caros ideales.

Ante todo, no os entregueis á manos inexpertas, ni hagais caso de las recomendaciones de comadres. Vuestra vida es preciosa y no os pertenece, por cuya razon debeis observaros, comunicando los síntomas que experimenteis por ligeros que sean á persona facultada por la Ciencia para cuidaros. Buscad una práctica inte-

ligente para que os alivie y auxilie, y no olvideis que el menor descuido será causa de graves trastornos en vuestro delicado organismo.

No abandoneis vuestro hijo un solo instantè, esteis ó no en disposicion de criarlo, y al practicar personalmente su limpieza, observad con minuciosidad exquisita sus delicados órganos, especialmente los ojos, en los cuales puede presentarse la traidora oftalmía purulenta, que os ha sido explicada con la mayor claridad por mi amigo Osio en un folleto que os dedicó no hace mucho tiempo; enfermedad que ademas de producir la terrible ceguera de vuestro hijo, se propaga con facilidad espantable.

Por muy buena que sea la nodriza (á quien hayais tenido la pena de entregar vuestro hijo), no la dejéis en absoluto su cuidado y vigiladla mucho, pues no pocas enfermedades se deben á los imprudentes descuidos de estas mujeres ignorantes.

Desconfiad de las *especialistas* en curacion de asientos, empachos de baba, lombrices y otras dolencias semejantes. Tened presente que casi todas las indisposiciones de los niños proceden de trastornos en la alimentacion, originando lesiones nutritivas, entre las cuales descuellan el raquitismo y su compañera la escrófula.

Por otra parte, mirad con atencion todo trastorno que, áun cuando pasajero al parecer, fuera insistente; la mayoría de las afecciones graves en la infancia comienzan de un modo lento, siendo preciso una gran perspicacia para interpretarlas y una gran constancia para combatirlas con éxito completo.

La limpieza es la mitad de la salud, y por lo mismo ella no sólo evitará, sino que remediará infinitos males, sobre todo los que tienen su asiento en la piel, y son torpemente respetados muchas veces.

No olvideis que no hay medicamentos inofensivos, que el médico más humilde sabe más que los atrevidos anuncios de los periódicos, y que un buen régimen es la mitad de la medicación.

Aprended junto á vuestro médico á conocer los síntomas de alarma, como la fiebre y la tos por ejemplo, á fin de poder aclarar sus juicios con observaciones bien hechas. Para ello creo muy útil que se lleve un libro ó cuaderno en donde se consigne no sólo los pesos del niño, los detalles de la evolución dentaria y la reseña sucinta de las enfermedades padecidas, sino que cuando se presente una afección grave se anoten diariamente las observaciones todas.

De este modo se facilita mucho la tarea profesional, de suyo delicada, y se alimenta la confianza hácia el remedio, que ocioso será repetir no debe proceder de persona extraña á la Ciencia, aun cuando se dé por muy experta y enterada en estas cosas.

La tranquilidad de espíritu y la obediencia á lo acordado es el secreto de muchas curaciones brillantes, en las que le cabe no poca gloria á la madre si supo seguir las indicaciones que hemos apuntado.

La elección de habitación y de vestido es un punto de gran interés. Ambos serán amplios; en la primera la luz y el aire deben entrar con la posible abundancia. La moda debe estar supeditada á la higiénica comodidad. Nada de cortinajes espesos sobre la cuna, nada de

fajas interminables sobre el cuerpo, nada de ridículas formas en el traje, que unas veces sofocan de modo inconveniente y otras desnudan ridículamente los niños.

El alimento es la mitad de la vida y desde luégo debe rechazarse todo otro que no sea la leche en los primeros meses, y aquellas sustancias que el organismo no pueda digerir.

En lo que se refiere al desarrollo, así físico como intelectual y sentimental, es preciso que la madre no fuerce las leyes del crecimiento tratando de que el niño ande ántes de tiempo, ni le haga repetir las llamadas gracias á cada momento, y mucho ménos le deje rienda suelta en todo lo que con su instinto se relaciona. El niño, aun el más torpe, tiene una nocion bastante clara de la justicia y desprecia á todo el que logra dominar, pues odia instintivamente la bajeza.

Esas gracias pueden utilizarse como medios de desarrollar su inteligencia, y es mucho más agradable ver cómo un pequeñuelo, que todavía no habla, distingue por sus nombres las diversas partes de su cuerpo, que ver de qué modo golpea ciegamente á un criado.

Cada sentido y cada órgano tienen su educacion y su higiene especial. En la cuna misma se hallan medios educativos, y si la observacion ha de ser constante para ser provechosa, ¡cuánta vigilancia es menester en todo momento para seguir sus pasos vacilantes lo mismo en la casa que en la sociedad!

En los mismos juegos hay medios de que la educacion corra parejas con el recreo. Dígalo el sistema Frœbel, vulgarizado ya en España merced á la creacion de los *Jardines de la Infancia*, en los cuales no puede por

ménos de dedicarse un recuerdo à nuestro compañero el ilustre Montesinos.

En una palabra, las aplicaciones de la Higiene à la crianza y educacion del niño son infinitas y proporcionan à la madre, à la par que una gran cultura, una de las ocupaciones más amenas que pueden darse.

Siguiendo esta pauta el niño va desarrollándose gradualmente sin esfuerzo, sano de cuerpo y espíritu, hasta llegar à la adolescencia, en que el jóven confía sus alegrías y sus penas à su madre, siempre indulgente y bondadosa.

De tal suerte el hogar doméstico se irá trasformando de círculo estrecho y exclusivista, en centro de donde irradien los fulgores que iluminarán la vida social entera.

Me permitireis, Señoras, ya que abuso tanto de vuestra atencion, que os recuerde que no sólo hay madres y niños colocados en la vida en condiciones de poder practicar la Higiene, sino que existen multitud de infelices muy necesitadas de socorro y que no la practican, ni áun la conocen.

Asomaos à la sala de consultas de un Hospital de Niños y os aterrareis al pensar la cifra de mortandad de las pobres criaturas llevadas en último extremo por madres ciegas, pero responsables en gran parte de los males que afectan à sus hijos.

Una constante propaganda de los sanos preceptos de la Higiene es el único medio de evitar tan grave daño, del que os puede alcanzar buena parte, toda vez que del pueblo surgirán las futuras nodrizas y niñeras, cuya influencia en a salud del niño es poderosa como sabeis

bien. Debeis esforzaros, pues, en comunicar vuestras convicciones entre las pobres mujeres cuya vida es amarguísima, estando en vuestras manos mejorarla, ya por medio de visitas domiciliarias al hogar del pobre á nombre de la caridad, ya favoreciendo los medios de que sus males sean aliviados y secadas sus lágrimas.

Es preciso que veais la diferencia que existe entre el cómodo gabinete donde vivís satisfechas, disfrutando de los gorgoros de los niños y del amor de los vuestros, rodeadas de las comodidades que hacen la vida dulce y agradable, protegidas y auxiliadas en todo momento, y volvais la vista al mechinal infecto donde se agita una familia obrera. La mujer no ha necesitado que la recuerden sus deberes: la necesidad ha ido exigiendo su cumplimiento uno á uno. La escasez del jornal la obliga á veces á trabajar, si halla en qué; desde muy niña los aprendizajes han sido rudos, y si su marido es bueno la entrega como es costumbre íntegro el producto de su trabajo, que ella ha de administrar y distribuir. Feliz ó desgraciada, en su hijo deposita un amor semi-salvaje, preñado de fanatismos y supersticiones. Vedla con qué recelo escucha que alabais su niño y le contemplais un momento. ¡Ay de vosotras si teneis una vena visible en el entrecejo! Sabed que le estais haciendo *mal de ojo* y por eso murmurá algun rezo entre dientes, no ocultando su inquietud y su repugnancia.

La Higiene es para ella letra muerta; llamará *tontearías* á cuantos consejos la demos, pero en cambio acudirá presurosa en busca de la saludadora ó la comadre que cura el sarampion echando el aliento perfumado con ajos maseados, pone el *ninon crú* (*lignum crucis*) á

los que sufren de alferecía, cura las intermitentes y la rija colgando del cuello del paciente un canuto de hoja de lata con una lagartija viva dentro, la cual al morir y secarse destruye el mal; enseña á quitar el hipo á los niños pegándoles con saliva un trozo de bayeta en la frente; hace cuerdas con tres nudos, con las cuales, amarrándoselas á la cintura, no hay garrotilló que les ahogue; en una palabra, es fuente de todo remedio y origen de infinitos daños.

No creais que mis palabras son exageradas; omito multitud de errores arraigadísimos en el pueblo que no dejan de influir bastante en el ánimo de las madres. Recuerdo á este propósito el afan de una buena señora por destetar á su nieto en viérnes para que no perdiera el paladar, la cual aseguraba muy gravemente que esta precaucion tenía ademas la virtud de evitar que murieran tísicas las criaturas. Otro caso hubo de impresionarme algo hace años. Se trataba de una familia casi opulenta, cuyo único vástago languidecía víctima de la falta de nutrición que engendra esa enfermedad llamada atrepsia (*encanijamiento*, que dirían las comadres), que, como sabeis, produce tanta mortalidad. Se había buscado una nodriza robusta y de buenas condiciones, pero de la raza perdurable, de las que recomiendan la horchata de ajonjolí para que acuda la leche á sus repletas ubres, y no hallan medios más expeditos de retirarla que colgándose á la espalda una llave macho ó apelando al supremo recurso de ordeñarse sobre la lumbré, con lo cual es fama no vuelve á parecer ni una gota.

Imaginaos con qué respeto se miraría aquella mujer á quien se concedía de antemano gran parte de la cu-

racion si llegaba á conseguirse. Un día que estaba durmiendo el niño, á la hora de la visita, me acerqué á la cama, y estaba observándole atentamente, cuando llegó corriendo el ama, que en su jerga me dijo: «*No le mire dormido, señor, que se le va á reventar al rapaz la hiel en el cuerpo.*» Y al levantar la vista pude observar el rostro angustioso y demudado de la madre, que, en vez de protestar de semejante dislate, parecía repetir las palabras de aquella mujer. Y es que tanto la madre verdadera como la postiza eran ignorantes y supersticiosas.

Ved cuánto nos podeis auxiliar en esta casi titánica tarea con vuestra influencia sobre las gentes del pueblo. Lo que no consiga *la Señorita*, no logrará hacerlo el médico. Predicad, pues, con el ejemplo y habreis hecho una obra de inestimable valor. Afianzad las corrientes de simpatía y respeto que se establecen pronto entre las madres, aún cuando pertenezcan á distinta esfera, y habreis contribuido á resolver un grave problema de sociología.

Para realizar este fin no basta pertenecer á varias Corporaciones piadosas contribuyendo con una cuota periódica; es necesario ir alguna vez á visitar los infelices, dándoles consejos á la par que socorros.

El acto presente trae á mi memoria las excursiones hechas durante mi infancia por los llamados barrios bajos á nombre de las *Conferencias*, reunion humanitaria á que pertenecía mi padre y con él muchas personalidades de alta significacion en la sociedad contemporánea. Aún me parece contemplar los tristes cuadros de la miseria vergonzante, aquella que sólo descubre sus llagas ante la compasiva mirada del hombre cari-

tativo y de corazón, de igual modo que el paciente herido por terrible dolencia sólo se atreve á mostrar al médico la enfermedad que mina su organismo. ¡Qué escuela tan útil para los que quieren estudiar el dolor humano y tratar de remediarle!

Si tuviera tiempo para ello, la relación de algunas tristes historias habría de enseñaros la exactitud de cuanto os he dicho esta noche.

Hogares corroidos por esa miseria que abate y paraliza las más instintivas energías del hombre, y familias como petrificadas por la desgracia, sin iniciativa alguna para reaccionar contra los que llamaban malos vientos de la fortuna, cuando obedecían todas las desventuras que tanto lloraban á los *reveses de la conducta necia*, que diría el popular fabulista. En ellos, el sociólogo tenía mucho que examinar; por regla general abundaban los hijos rebeldes, que habían desoido los consejos de sus padres y purgaban su ligereza; muchachas hermosas y alocadas que creyendo que el hogar es un refugio y un descanso, se habían sentido desfallecer ante las primeras contrariedades y sin haber luchado lloraban un prematuro naufragio; seres muchos de ellos que no tuvieron otro patrimonio que el capital de ilusiones que ántes mencionamos, y andaban de aquí para allá recibiendo dolorosas heridas de las duras realidades con que diariamente tropezaban. Todos ó casi todos se lamentaban amargamente de su triste suerte y muy pocos tenían valor bastante para sacudir el yugo de aquella terrible miseria. Algunos, sin embargo, cogían con más empeño la mano protectora que se les tendía, que el bono en especie que con ella se les alargaba.

Entre ellos, no puedo olvidar los simpáticos hijos de una viuda á quien habían acogido en una portería de un casucho situado en una calle extraviada del antiguo Madrid. Llevaba un niño en brazos, dos pequeños se colgaban de sus faldas ó venían á apoyarse en nuestras piernas, fraternizando singularmente conmigo, y un muchacho algo mayor que yo, sercicito y afable, hacía los honores de la vivienda y desempeñaba el espinoso cargo de portero supernumerario con gran aplauso de los habitantes de aquella casa de vecindad. Parece que le estoy viendo con su plana de cuarta delante, y algun que otro librejo á mano, aprovechando las lecciones que le daba un vecino mal pagador, y con un ansia tal de saber y ser algo que nos tenía á todos maravillados. Cuando enseñaba el Catecismo ó la Aritmética, señalando con el dedo por dónde *se andaba*, los graves señores amigos de mi padre dirigían sus miradas al libro como si nos hubiera mostrado un incunable algun bibliófilo aplicado. Cuando yo dormitaba, más que lo que dicen acostumbraba el gran Homero, sobre mis textos, mi padre me recordaba el porterillo, y en verdad que el ejemplo no pudo ser más oportuno, pues fué modelo tan acabado de aplicacion y laboriosidad, que actualmente ha conquistado un merecido y honroso puesto en una esfera superior á aquella en que nació. Os refiero esto porque la verdadera causa de aquella maravilla fué la pobre mujer enlutada con sus dos hijos cogidos de la falda, mientras lactaba el tierno huerfanito, la cual se constituyó en mentor de su Benjamin y fué el genio que inspiró al estudiante, en quien veía ella por providencial disposicion un amparo y un con-

suelo. Las visitas de los caritativos socios de San Vicente contribuyeron mucho á este feliz resultado, y por esta causa no me cansaré de repetiros la importancia que tiene esta fase de la educacion sentimental.

De la misma manera que la música ha de ser buena, si se trata de educar el sentido estético en el niño, así tambien las empresas en que se haga intervenir al niño con su presencia (y yo creo, en virtud de lo que os acabo de indicar, que lo que se aprendió ó ve en los primeros años nunca se olvida) deben ser todo lo más grandiosas posible y las escenas tiernas y elocuentes á la par. Un ejemplo práctico hace más que todos los libros de moral escritos y por escribir.

Por lo que á mí se refiere puedo deciros que el vivo amor que siento hácia los niños lo debo á mis padres, que me dieron á conocer muy pronto la vida real en todas sus fases, y especialmente á mi bondadosa madre, que lo era de cuantos no tenían apoyo y estaba dotada de gran talento educativo. La visita frecuente á un Hospital de Niños ha desarrollado en varias personas de mi amistad sentimientos delicadísimos que revelan grandes condiciones para la crianza y educacion del niño. Yo creo que una vez generalizada la costumbre de visitar, como se hacía antiguamente, á los enfermos, ejercer la caridad en *persona*, no desde las *kermesses*, *rifas* y *bailes* llamados de Beneficencia, sino en la misma casa del pobre y buscarle los medios de que sus males fueran aliviados y el trabajo venga á despertar las energías atenuadas, si no perdidas, se habría redimido muchos criminales de la cárcel y muchas desgraciadas de la deshonra.

Obsérvese que hay un verdadero afan por asociarse

para recoger los seres perdidos ó aliviar las catástrofes, y pocas Sociedades son creadas para evitar que se pierdan aquéllos ó que estas hecatombes ocurran. Así, pues, ántes que la Escuela ha de fundarse el Gimnasio; ántes que el Hospital, el Consultorio; ántes que el Correccional, el Taller; pues de lo contrario sucedería lo de aquel estadista que pensaba en legislar sobre la vagancia, cuando lo importante era abrir anchos caminos al trabajo que escaseaba.

La Higiene extiende su benéfico influjo á todas las fundaciones, pero trabaja con más ahinco por afianzar aquellas que pueden tener un carácter de permanente urgencia. Por ejemplo, pide con ahinco Casas-Cunas allí donde la obrera trabaja; implora amparo en las Maternidades para la madre abandonada ántes de que deposite en el torno á los huérfanos del amor; solicita la creacion de Hospicios marinos en las costas ántes de rellenar los Hospitales de escrófula; clama por el saneamiento de las poblaciones mucho ántes de emprender campañas sanitarias; exige baratura y pureza en las sustancias alimenticias ántes de abrir las Tiendas-Asilos; aconseja en vez de recetar, y sin hacer declamaciones contra esas grandes pústulas que afean la cultura española llamadas Plazas de Toros, planta árboles y crea bosques en los alrededores de las grandes ciudades, donde el pueblo pueda respirar puro oxígeno en vez de enardecer su pecho con la vista de la sangre y el fuego del alcohol, esos dos temibles estimulantes de los malos instintos durante las hermosas y luminosísimas tardes en que el hombre verdaderamente civilizado se dedica al solaz y al descanso.

Alguien pensará, Señoras, que todo cuanto he dicho en el incorrecto y deshilado decurso de esta conferencia tiene un gran inconveniente para su ejecución: la falta de tiempo. Nada más léjos de eso. Precisamente las personas más ocupadas son las que tienen más tiempo disponible en igualdad de circunstancias, si, como es de suponer, lo saben aprovechar. Es lo mismo que los grandes gastos de los capitalistas, quienes son á su vez grandes ahorradores. Por eso no hay dificultad alguna en que penseis en poner en práctica nuestro plan si teneis un poco de buena voluntad.

Con la mitad del tiempo que se pierde lamentando el mucho que se necesita para hacer las cosas, sobra espacio para realizar lo que os propongo.

¿No habeis visto la vertiginosa rapidez con que una dama de la alta sociedad contemporánea recorre tiendas, salones, paseos, teatros, vistiéndose cuatro veces al día y teniendo en medio de tantas y tan múltiples diversiones sobrado tiempo de aburrirse? Pues descartando lo del aburrimiento y lo de la frenética actividad, aplicad esa pauta á las cosas imprescindibles de que os he hablado, sin olvidar las útiles que os rogué emprenderais.

Las jóvenes que sois aún hijas de familia teneis horas preciosísimas que podeis consagrar á iros perfeccionando más y más en el manejo de las cosas pequeñas de que hablábamos, y no faltarán algunos instantes para pensar en las cosas grandes.

Así, á la par que interveníis en esa curiosa partida doble que llevais con la lavandera, informaos de si aquel pequeñito que debió nacer por Pascua se cría

fuerte y dadla alguno de los consejos que os hayamos podido proporcionar los higienistas. Con esto haceis dos cosas buenas: alegrar el corazon de una pobre madre y velar por la vida de un pobre niño. No seais nunca indiferentes á la peticion de trabajo que os haga un indigente, pero mirad dos veces al rostro del mendigo que os tienda la mano. Del ahorro que vayais formando destinad una parte á una útil fundacion como la *Hospitalidad de noche* ó la *Tienda-Asilo*, y de este modo vereis con qué tranquilidad de espiritu gozais de los honestos placeres de la vida, sin que pueda interrumpir vuestro sueño la imágen de los niños ateridos de frío, que dormitan en los quicios de las puertas, que visteis al salir del teatro ó del baile, ni exclameis nunca lo que aquella hija del rey Luis XVI, que al oir en Versalles pedir pan á la plebe hambrienta, preguntaba asombrada á su aya por qué no comían bizcochos.

Las madres que teneis hijos por educar os hallais sujetas, es cierto, á su lado, no podeis frecuentar con la asiduidad de ántes los salones, pero en cambio hareis acopio de alegrías con que atenuar los numerosos dolores que pueden asaltaros durante las inevitables desgracias que nos afligen. Las felicísimas que no han perdido ningun hijo están en el deber de conservar su tesoro y consolar á las infelices que lloran su falta. Las que se lamentan de su desventura deben á su vez pensar en las que pueden hallarse expuestas á experimentar tamaño duelo, y procurar evitarlo.

Al llegar aquí, son tantas y tan numerosas las ideas que me asaltan, que de presentarlas en ordenada exposicion haría un conato de programa de *maternología* en

vez de esta conversacion familiar que me he permitido dirigiros, en la cual, si alguna cosa oisteis aparte de mi mosconeante palabra que pudiera molestaros en lo más mínimo, tenedla por no dicha, en la seguridad de que á haberme dirigido á los individuos de mi sexo, recriminaciones más graves habrían oido de mis labios. Y digo esto, porque incluyéndome yo en el número, propendemos á considerarnos poco ménos que infalibles, siendo así que nuestra falibilidad es tan grande que no hacemos más que vuestro deseo en todas ocasiones.

Por esta razon debeis procurar, ahora que nos hacemos los sordos, que nuestras resoluciones no contrarién las leyes del buen sentido, y en lo que á la crianza y educacion de los niños respecta, que sepais, gracias á la Higiene, mucho más que los hombres todos.

Como creo en vosotras con igual entusiasmo con que creía en mi madre, tengo fe en el porvenir. Observad que de poco tiempo á esta parte se ocupan todos con mayor ahínco de cuanto á los niños se refiere.

La madre contemporánea no propende á discutir, ni á investigar, ni á inmiscuirse en problemas de difícil solucion. ¿Para qué? Tiene esperanza en que la Ciencia ha de dárselos resueltos, mostrándola qué principios son ciertos dentro de la realidad de las cosas, qué conocimientos son indispensables para la práctica de la vida, á fin de que ella, con la prudencia que da la sabiduría modesta y sólida, revele á sus hijos los inexcusables principios de la Moral, le muestre las vigorosas armas de la Lógica y le enseñe las nociones irrecusables de la Ciencia, pero sin que este ejercicio sea reglamen-

tario y forzoso, ni trascienda á lección obligada y pedantesca, sino que nazca de las mismas escenas y episodios de la vida real.

Para ello cuenta con el auxilio de obras interesantes y amenas que diariamente ven la luz y publicaciones especiales que, contra lo que se sospecha por regla general, adquieren fervorosos lectores, pues ya pasó para no volver el tiempo nefando en que se obligaba á la mujer á que permaneciera en la llamada santa ignorancia, siendo así que ésta es hija legítima de la soberbia y la pereza.

La madre lee en la época actual, y buena prueba de ello son los ejemplos plásticos con que el Arte nos presenta los cuadros de madres y niños. Aquéllas tienen al hijo en el regazo, con un libro abierto; en él liban ambos el fecundo pólen de la Ciencia. Y al estallar las tempestades ó brillar los fenómenos cósmicos; al revisar en ilustraciones y pintorescos relatos de viajes los países explorados por atrevidos investigadores; al leer sencillas narraciones familiares llenas de bellezas y de enseñanzas; al contemplar las maravillas naturales ó al recordar los hechos históricos, la madre instruida no humilla la frente de su hijo en el polvo, sino que le hace alzar la mirada y contemplar mejor á través de tales trastornos una ley suprema que todo lo rige, un Dios que ella ama y reverencia y en el cual cree.

Gracias á la fe que me anima al pensar en vuestra decidida cooperación, no pierdo la esperanza de ver los comienzos de la gran obra, cuya primera piedra colocamos esta noche en unión de la *Sociedad Española de Higiene*. En el hogar me parece ver esa franca alegría que

reina en los descritos por Fernan Caballero, unida á una s3ria discrecion en el manejo de los asuntos y en la sensatez de todas las determinaciones de sus miembros. Mesa abundante en la cual tienen cabida desde los venerables abuelos al nietecillo jugueton, y desde el pariente pobre hasta el viejo servidor que cuid3 de casi todos; casa bien construida y bien arreglada; seres felices, pues se quieren, sanos de esp3ritu, pues lo est3n de cuerpo. All3 fuera la cosa p3blica, en cuya direccion y servicio cada cual interviene en la proporcion de su derecho y su deber, fuerzas todas aprovechables y aprovechadas que confluyen á un fin. Si la casa es el hogar que da la familia, la patria es la tierra que da la historia, y se las defiende y se las ampara como le amparar3 á los propios padres. En la patria, hermanos que sufren y que trabajan; para los primeros, remedios y consuelos; ayuda para los segundos; amparo y refugio para los que son in3tiles; compasion y perdon para los que delinquieron, y de este modo ir recibiendo, en medio de las dulzuras de una paz fecunda, los beneficios de nuestra civilizacion, preñada de sorpresas.

¡Ah! Cuando veais brillar la alegr3a en el rostro de la madre á quien el cuidado de su hijo redime de la deshonra, os sentireis m3s honrados; cuando examineis los ni3os á quienes aleccion3 una bella j3ven en los Jardines Fr3ebel, salir abrazados de la escuela como dos hermanos, experimentareis una emocion honda y consoladora; cuando el muchacho rico proteja al pobre y 3ste le defienda por ser m3s fuerte, os explicareis el por qu3 el futuro opulento fabricante hallar3, en vez de esclavos blancos, hijos que le reverenciar3n como á un

padre, y cómo no es posible el odio á muerte donde hubo una sola vez cariño.

Yo espero contemplar muchas escuelas, muchos gimnasios, grandes *sanatorios* en todos los puntos donde la salud puede encontrarse, y de esa suerte, con los Asilos para los pobres niños imbéciles por una parte, y con los Hospicios marinos por otra, habremos quitado un peligro en el un caso de la familia pobre y en el otro habremos dado la vida á los pobrecillos que se deforman poco á poco y mueren al fin, sin que sus padres tengan el consuelo de hacer por ellos lo que los ricos hacen por sus hijos. Todos son elementos de importancia, aunque no lo parezca así para la vida como para la prosperidad de los pueblos. La anemia que consume los organismos necesita una fuerza que la vigorice. Nuestro siglo padece *anemia de fe* y sólo vosotras podeis comunicársela: acudid por doquiera predicando la buena nueva; decid que hay una ciencia de procedimientos artísticos que aspira á hacer feliz á la Humanidad dando á sus miembros vida física y energía mental; decid que esta ciencia es como vosotras, todo amor, todo abnegacion, y los indiferentes y escépticos se verán obligados á salir de su letal entorpecimiento.

Y en tanto que haceis esto, seguras de una brillante victoria, no abandoneis al niño, no permitais que os lo arrebaten, contad con la Higiene para defenderos y no olvidéis que en él está la legitimacion de vuestros derechos y que con él alcanzais siempre inmarcesible corona de gloria.



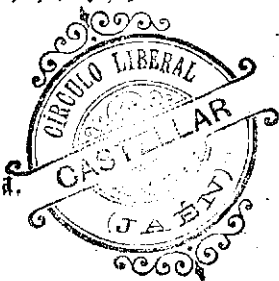
NARRACIONES INFANTILES

100
R. DE MESA Y DE LA PEÑA.

Narraciones

Infantiles

=====
Precio, una peseta.
=====



MADRID

Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3.-Teléfono 974.

1895

Es propiedad.

A CHICOS Y GRANDES

CUATRO PALABRAS Á MANERA DE PRÓLOGO

El afecto que los niños inspiran es siempre grande. Su inocencia atrae, la felicidad que se retrata en los alegres semblantes de esos ángeles, cuya misión en el mundo es un problema indilucidable, subyuga y deleita. No hay para un padre dolor que no mitigue la sonrisa del pequeñuelo en que cifra sus ilusiones, sus esperanzas, su orgullo.

El amor de padre es el más grande

que existe, por lo mismo que es el más inocente y justificado de los amores. Por esta razón, sin duda, la ingratitud encuentra albergue con más seguridad en el corazón de los hijos, que en el de los padres.

Los hijos son siempre el ideal de la vida del hombre, su esperanza en lo porvenir y su dicha en el presente; algo en fin que no puede definirse, porque tiene la inmensidad del cielo y la grandeza de Dios.



Claro es que para los hijos, el cariño hacia sus padres debe revestir los caracteres de una pasión respetuosa, que, lleven en su alma, por encima de todo afecto después de aquél que hacia Dios debe sentirse.

El más grande de los poemas, el más hermoso de los idilios, es el conjunto de armonías, las notas alegres, las continuas satisfacciones que se desprenden del cariñoso ósculo que el padre estam-

pa en la frente del hijo y el hijo imprime en la mejilla del padre.

Por esta causa, el hijo que al impulso de la perversión moral rompe este amantísimo lazo bendecido por Dios, y sancionado por leyes naturales que la sociedad respeta y admira, ó es un malvado, ó es un imbécil.

Y entiendo yo (sin duda porque todos los niños me parecen buenos), que ninguno de mis lectores deseará merecer esos calificativos con que la sociedad sella y arroja después de su seno, á los niños y á los hombres, que olvidándose de Dios, de sus padres ó de sus deberes, olvidanse también de su tranquilidad de conciencia y de su dicha en lo porvenir.

*
*
*

Los cuentecillos que ofrezco á mis infantiles lectores, son una que muy bien pudiera llamarse guía del deber para con Dios, para con la sociedad y para con la familia en forma fácil de comprender por lo clara ya que no por lo correcta.

Leyendo LA CRUZ DE UN ANGEL, puede llegarse fácilmente al convencimiento de lo grandioso que resulta el cariño paterno, al conseguir variar un carácter y una creencia arraigada en el fondo de un alma seca y árida y de un corazón empedernido; hojeando las páginas que encierran el cuento titulado LA PRINCESITA, se penetra el niño más inocente de lo perjudicial que resulta el orgullo; en EL CORNETA DE ORDENES he procurado sintetizar la forma hermosísima que el patriotismo adquiere en el alma de un angel, que, abandona lo más sagrado para él en el mundo, á su pobrecita madre, para ir á luchar por su bandera y por su Rey con las armas en la mano.

Mis infantiles lectores no necesitarán seguramente seguir ejemplo alguno de los que presento para respetar á Dios, amar á sus padres, admirar la bandera de la patria y cumplir sus deberes. Por lo tanto, estas páginas constituirán para ellos una distracción agradable y al mismo tiempo inofensiva.



Este es mi deseo y este el propósito que me ha guiado al escribir este libro y dedicárselo á la infancia, á esos hombres futuros y á esas mujeres del porvenir que, ajenos y ajenas de dolores en el presente, llevan siempre la alegría impresa en el semblante y la inocencia de sus almas reconcentrada en sus ojos.

R. DE MESA Y DE LA PEÑA.

